

CAPÍTULO XVII.- DONDE SE PROSIGUEN LOS INNUMERABLES TRABAJOS QUE EL NOBLE DON QUIJOTE Y SU BUEN ESCUDERO SANCHO PANZA PASARON EN LA VENTA, QUE POR SU MAL, PENSÓ QUE ERA CASTILLO

Don Quijote despierta a Sancho con voz afeminada, recordando el Val de las Estacas, después de la pesadilla que parece haber tenido Sancho. Si leemos el romance del Cid, se menciona inocentemente que Babieca tiene un lanzón, lo que debe tomar Cervantes por el doble sentido, que aplica a este capítulo.

En el diálogo que tienen en el que Sancho jura guardar el secreto, parece que el primero nos transmite que Cervantes en boca de Don Quijote, quiera disimular al segundo autor del Quijote. El secreto versa sobre el sueño de Don Quijote con la hija del ventero, y dotan al cuadrillero la personalidad de moro encantado que vuelve a ejercer su castigo por haberse dejado algo en el tintero:

“no es bastante indicio ése para creer que este que se vee sea el encantado moro.

*Llegó el cuadrillero y, como los halló hablando en tan sosegada conversación, quedó **suspenso.**”*

¿Quiere decir Cervantes que suspende esa personalidad del cuadrillero y lo torna a la que originalmente le había dado? Con este hombre, nunca se sabe. Probablemente es la forma que tiene en hacer los cambios de estado de los personajes, las metamorfosis. Nos avisó en el Capítulo I, “cambiando su señor estado”.

El hidalgo cuenta su sueño con la hija del ventero, Isabel la Católica y su particular forma de comulgar, dando paso al tesoro que asignan al cuadrillero que parece moro. Se confirma así la “conjetura” que dice Don Quijote, relacionando al prestamista real Alonso de Quintanilla, tesorero de la Santa Hermandad como hemos dicho, con el personaje del cuadrillero que parece moro y tiene un tesoro.

Ahora contesta Sancho *“¡Desdichado de mí y de la madre que me parió!”* que es la respuesta a la profecía que hizo Don Quijote a la ventera en el capítulo anterior: *“mi escudero os dirá quien soy”*.

Continúa el capítulo con humor y se despide Don Quijote sin pagar, pero antes Cervantes nos demuestra su seguridad en que todo está bien oculto a la censura: *“y no hay que hacer caso de estas cosas de*

encantamientos, ni hay para qué tomar cólera ni enojo con ellas”.

Sea lo que fuere, realizan el famoso Bálsamo de Fierabrás que parece hacer un efecto mágico en Don Quijote si unimos los cabos que andan sueltos por el capítulo. Al comienzo, Don Quijote sale de su “parasismo”, que es un estado de catalepsia o de coma, para posteriormente recibir un candilazo del cuadrillero que le produce “dos chichones algo crecidos”. Depende de cómo estén de crecidos y de donde se sitúen, pero muy bien podría tratarse de dos cuernecillos, que junto a la magia del Bálsamo y al recién resucitado del parasismo, y recordando que nos decía que la mitad del cuerpo se podía cambiar, en relación con el Bálsamo de Fierabrás, no se nos estará convirtiendo Don Quijote en un sátiro o en un centauro. Recordamos que venía de estar ciego en varias ocasiones. Habrá que tenerlo presente, puesto que en el capítulo XV, Don Quijote cayó a los pies de Rocinante y ahora le pone piernas.

De cualquier modo, se llega al Bálsamo de Fierabrás, lo beben como se describe y Don Quijote sale de la venta sin pagar el alojamiento, quedando Sancho en el interior y ocurriendo a continuación el famoso manteo de Sancho, del que éste hablará durante toda la obra, insinuando en alguna ocasión, al final del libro, que no había sido verdadero. Dice Sancho que no pagará un solo cornado (coronado) moneda un poco antigua para la época, con la efigie del rey coronado y que se acuñó hasta el reinado de los Reyes Católicos, que es otra manera de situarnos en el momento histórico y en la persona de Quintanilla. La descripción de los manteadores, es otra genialidad, que encierra algo insospechado como ahora veremos y donde se cambia por completo el escenario, que Cervantes describe con todo detalle:

*“Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que entre la gente que estaba en la venta se hallasen **cuatro perales de Segovia, tres agujeros del Potro de Córdoba y dos vecinos de la Heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona; los cuales, casi como instigados y movidos de un mismo espíritu, se llegaron á Sancho, y apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y, echándole en ella, alzaron los ojos y vieron que el techo era algo más bajo de lo que habían menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenía por límite el cielo; y allí, puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron á levantarle en alto, y á holgarse con él, como con **perro por carnestolendas**”.***

Al intentar irse Sancho, aparecen en escena “cuatro perales de Segovia, tres agujeros del Potro de Córdoba y dos vecinos de la Heria de

Sevilla”. De este modo tan descriptivo (metonimia), Cervantes nos da los datos de otro hecho histórico del Siglo XVI, como fue el motín del Pendón Verde en Sevilla. Un hecho aislado para rematar el capítulo con una nueva adivinanza, en la que nos da tres pistas. Con los cuatro perales (cardadores) nos está indicando uno de los famosos paños segovianos, es decir, las cuatro esquinas de un paño.

Además tenía tres bordados con aguja (agujeros) y se habla de la calle Feria de Sevilla, que hoy día se sigue llamando así, de la misma manera, situada en el casco antiguo, tomando su nombre del antiguo mercadillo que desde el siglo XIII se lleva celebrando, y que concedió Fernando III de Castilla.

En el siglo XVI tuvo lugar el motín del pendón verde, que fue un levantamiento popular debido al hambre que pasaba la población. Indagando en la historia española, aquí se concentraban los gremios artesanos y aún existe la parroquia Omnium Sanctorum del siglo XIII, o Parroquia del Espíritu Santo, situada en esta calle.

Su torre es muy similar a la Giralda, que se halla en el mismo barrio. En su interior se encuentra un Cristo de la Buena Muerte, lugar sevillano que sin duda Cervantes debió conocer. Los lugareños amotinados, descendientes en su mayoría de moriscos, tomaron un pendón que había sido de los almohades y lo enarbolaron frente a las autoridades. Tenía tres medias lunas bordadas sobre fondo verde, y se guardaba en la capilla bautismal. Los amotinados tiraron piedras contra el ayuntamiento.

El responsable del orden, calmó a la población ofreciéndole vino, tal y como acaba este capítulo, con la oferta de Maritornes a Sancho. La historia real tuvo mal final. Don Quijote recomienda a Sancho “Hijo Sancho, no bebas agua; hijo, no la bebas que te matará.” Así fue la muerte de Felipe el Hermoso. Volveremos a ver a los venteros y Maritornes en la siguiente venta, que estará situada en la “Heria de Sevilla”. Se dice que la actual bandera de Andalucía se basa en aquel pendón.

Dada la continuidad del árbol genealógico de los Reyes de los capítulos II y III, parece que las piedras que tiran los arrieros a Don Quijote en el capítulo III, tiene aquí su continuación. El manteo de Sancho recuerda a los pasos procesionales de la Semana Santa y sus costaleros. Se da la curiosidad de que en la fachada de esta parroquia del Omnium Sanctorum, hay un escudo de la familia Cervantes. En el interior estuvieron enterrados los familiares del Cardenal Cervantes, que casó al rey Juan II y a su hijo Enrique IV con Blanca de Castilla.

Por último, recordar que en el título de este capítulo se menciona al

“noble don Quijote”, palabra de doble sentido: que actúa de buena fe o que es de ilustre linaje.